

FINALISTA ESTATAL



SIN TÍTULO

Marta M^a Forgás Torres (Islas Baleares)

Estábamos todos sentados alrededor de la hoguera, el fuego alumbraba los rostros de los jóvenes formando sombras irregulares en sus semblantes. Charlotte acababa de contar una historia llena de horror y tragedia. De reojo vi como a Caleb se le iluminaban los ojos y como, poco a poco, en su cara se dibujaba una media sonrisa de satisfacción. Levantó la mano al cielo encapotado, y con ésta cerrada en un puño golpeó su palma izquierda enérgicamente.

- ¡Me toca! - anunció Caleb - dejas de mariconadas y abrir paso al maestro.

Me miró misteriosamente y prosiguió:

- Hace aproximadamente dieciséis años, en este mismo pueblo tuvo lugar una desaparición inexplicable. Se cuenta que el herrero de la aldea salió a disfrutar con su hijo de un día soleado. Para entonces su jardín estaba cuidado y se dejaba ver un pozo que ahora se encuentra oculto entre matorros y malas hierbas. Para su desgracia, la pelota con la que jugaban al fútbol fue a parar al pie del pozo y, en ese momento, el herrero quedó preso bajo la melodiosa y dulce voz de una mujer. Él reconoció la voz de su amada Beth y corrió precipitadamente junto al pozo esperando encontrar la mirada histérica y suplicante de su mujer, pero no la halló. Se comenzó a oír más fuertemente la armoniosa melodía: "im a nev, im a nev; samla otisecen. Im a nev, im a a nev; samla otisecen". El herrero no lograba averiguar de dónde procedía aquella hermosísima voz, ya que dentro del

pozo únicamente se divisaba el negro propio del lugar. De pronto, como surgidos de la nada, aparecieron dos pálidos brazos raquíticos de mujer, seguidos de un rostro demacrado y desfigurado y de una larga melena negra rizada, para precipitar con un tremendo estruendo al herrero al interior del frío pozo. No se ha vuelto a saber más del pobre herrero, pero se dice que su hijo presenció el acontecimiento y que desde entonces la felicidad se ha esfumado de su vida. Así que si queréis conservar la vida... más os vale no acercaros a Western Street.

La fría mirada de Caleb se apaciguó y, poco a poco, la calidez retornó a sus ojos. Adquirió una expresión de satisfacción al comprobar que muchos de los presentes miraban con nerviosismo en todas direcciones. Me di cuenta de que estaba jugueteando con uno de mis oscuros bucles, señal de que la intranquilidad comenzaba a brotar dentro de mí.

- ¡Caleb, has estado genial, tu historia supera con creces la mía! Ha sido súper inquietante, seguro que esta noche no lograré conciliar el sueño- dijo Charlotte admirada.

- Gracias, la verdad es que no ha sido difícil meterse en el papel. Habéis sido un estupendo público – Caleb estaba eufórico, se le veía con ganas de saltar, bailar e, incluso, de hacer una voltereta.

- ¿A ti qué te ha parecido la historia Madi? Ha sido alucinante, ¿verdad? – Charlotte estaba poniéndose muy pesada; lo cierto era que cuando se ponía en ese plan de peloteo era inaguantable.

Ignoré la pregunta de mi amiga, estaba ausente, como dentro de una burbuja compacta que no me dejaba conectar con el mundo exterior. Esa calle, Western Street, me resultaba extrañamente familiar; sólo hacia dos semanas que me había mudado a este pueblecito montañoso en las Rocosas, así que desconocía la calle en la que se encontraba mi casa, pero había algo en mi interior que me relacionaba con el mito de Caleb.

No podía dejar de moverme, ya no aguantaba más en aquel lugar. Me desplazé sigilosamente hasta la explanada situada detrás de las tiendas para alcanzar mi SEAT rojo, aparcado junto a un contenedor de basura. Creo que nadie notó mi ausencia, incluso Caleb pareció ignorar que ya no me encontraba entre los presentes, ya que estaba muy ocupado atendiendo a los elogios de Charlotte.

Recorrí la fría explanada sintiendo más intensamente la inquietud que me invadía. Entré en el coche y encendí la radio con tal de distraerme, pero en ese lugar no se sintonizaba ninguna cadena, así que empecé a tararear una melodía cualquiera.

El trayecto hasta la humilde casita de mi madre se me hizo más largo que nunca, ya que mi SEAT no podía alcanzar grandes velocidades, situación que me exasperó.

Llegué a casa al cabo de unos cuarenta minutos, a esa hora ya no quedaba ninguna luz encendida, excepto la del porche y un tenue haz proveniente de la habitación de Chris. Todavía me impresionaba aquel enorme caserón, enorme pero a la vez descuidado, los años le habían pasado factura... El jardín no se asemejaba a tal: había matojos y malas hierbas por doquier, y el balancín que se dejaba ver entre la maleza estaba en su mayor parte oxidado.

Saqué las llaves de mi grueso anorak para abrir el portón, y crucé el sombrío vestíbulo silenciosamente, con tal de no despertar a mamá, y subí las escaleras de caracol que conducían a las habitaciones sintiendo bajo mis pies la madera crepitante. Al caminar por el pasillo me crucé con Chris: nuestras miradas chocaron – la suya, helada, me traspasó como una afilada navaja -, me observó con desprecio pero a la vez respetuosamente, y después apartó su mirada muerta de mí para meterse en su habitación y cerrar de un portazo la puerta, dejando ver un póster en el se leía la frase “KEEP OUT”.

Me metí en mi habitación y antes siquiera de quitarme el anorak, me llegó un mensaje al móvil; era de Caleb: "Por qué te has ido así, tan de repente. Ya se que esta noche te he ignorado, lo siento. Estoy de camino. TQ".

¡Oh, no! Lo que menos me apetecía en aquellos instantes era estar con Caleb. Decidí no ponerme el pijama ya que mi novio se iba a dejar caer por mi habitación dentro de unos minutos. No me dio tiempo de acabar de pensar esto, cuando oí unos golpes fuertes y persistentes en la ventana:

- ¡Madi, ya he llegado, baja! – la voz de Caleb sonaba preocupada.

- ¡Ahora voy, no te muevas de allí, quédate donde estás! – fingí alegría y no dejé ver mi disgusto.

Cogí mi anorak, dispuesta a bajar al jardín junto a Caleb, y descendí por las retorcidas escaleras sin encender ninguna luz. Abrí la puerta que conectaba con el exterior y me coloqué debajo del porche. Caleb no estaba en el lugar en que lo vi desde la ventana de mi habitación. Me asomé para averiguar dónde se encontraba ahora y me quedé petrificada al ver esa escena: Caleb caminaba con paso firme y constante en un misma dirección, parecía que sus pies se movieran al ritmo de alguna melodía. De pronto me percaté de que se dirigía al patio trasero de la casa – lugar al que tenía terminantemente prohibido acercarme - , sin vacilar. El viento empezó a soplar más fuertemente y pude oír un leve susurro: "im a nev, im a a nev; samla otisecen". Aquella frase se repetía reiteradamente, cada vez más alto, cada vez más insistentemente. A su vez, Caleb seguía avanzando en la oscuridad, hacia ese prohibido patio. De golpe la llamada cesó y... cuando me giré ya no pude volver a divisar a Caleb.

Mi cabeza no podía asimilar lo ocurrido, era un acontecimiento superior, observé que en el cielo se podía ver el planeta Venus. Me dejé caer sobre el balancín y oculté mi cara entre mis manos con el fin de llorar desconsoladamente.

Agudicé el oído y escuché vagamente unas silenciosas pisadas arrastradas. De pronto, un fuerte contrapeso cayó al otro extremo del balancín, dejándome así suspendida en el aire.

- Im a nev, im a a nev; samla otisecen: necesito almas, ven a mí, ven a mí, tu novio también ha caído en la trampa, ¿no? Ha sido una dura pérdida, ¿ahora me comprendes? – eran las primeras palabras que me dirigía Chris.

Se me encendió una bombilla y todas las piezas de aquella enrevesada historia encajaron en mi mente: el pozo, el herrero desaparecido, el hijito traumatizado, la chica enviada a casa de sus abuelos... todos esos datos apuntaron a que mi familia había sido la afectada y a que las desapariciones tuvieron lugar en el patio trasero de mi casa.